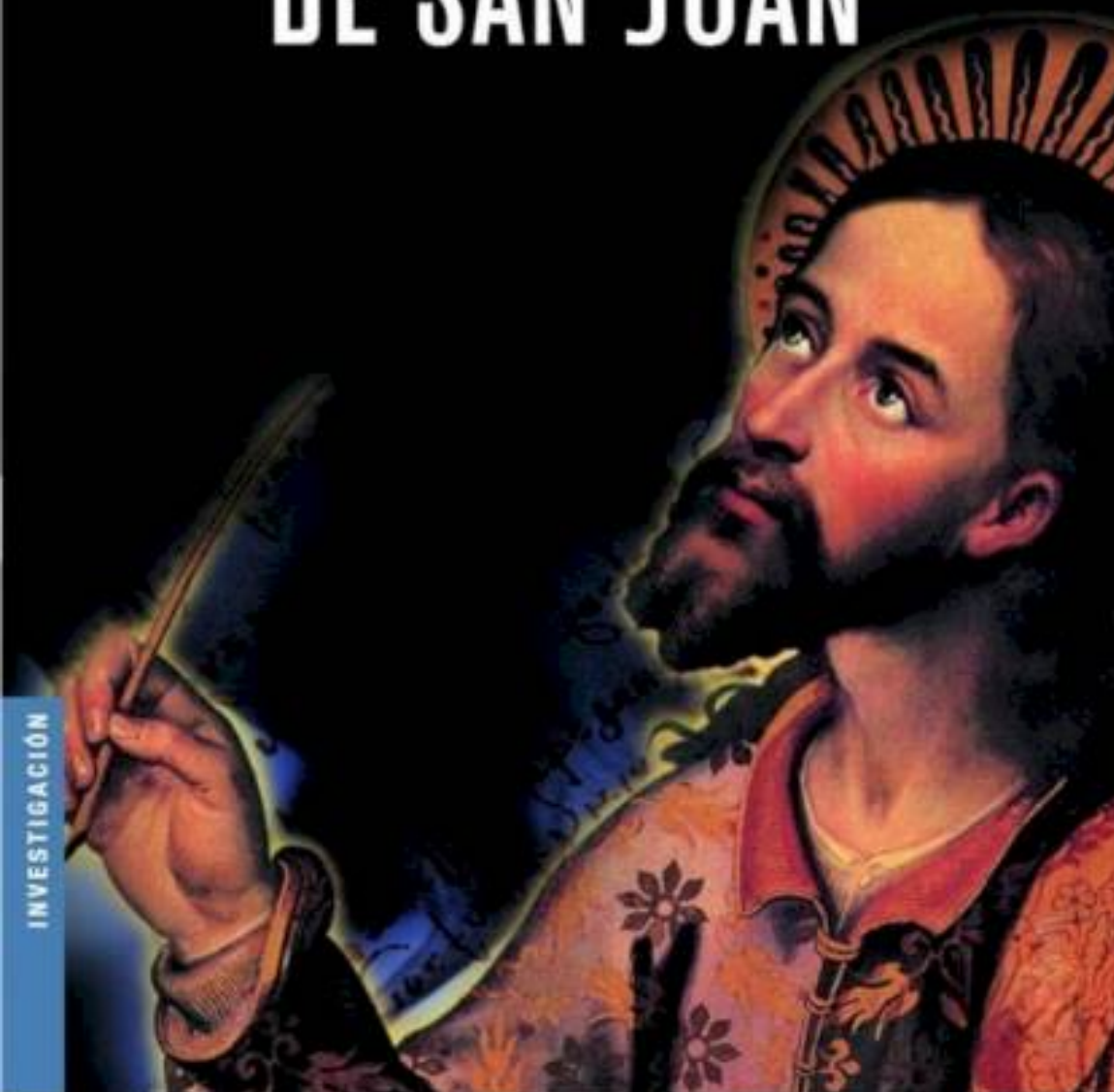


J. J. BENÍTEZ

EL TESTAMENTO DE SAN JUAN



Ciudad de Éfeso. Año sexto del gobierno del emperador Nerva Trajano. Juan de Zebedeo, «el hijo del trueno», cumplía cien años. Su hora estaba próxima. Pero antes de morir el hoy llamado san Juan Evangelista escribe su cuarta y postrera epístola, destinada a todos los creyentes de la naciente Iglesia; en ella decide revelar lo que nadie se ha atrevido a proclamar hasta ese momento. Han transcurrido setenta y tres años desde la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret y los errores de unos y de otros amenazan con falsear el gran mensaje crístico.

Saludo

1 Yo, Juan, a las siete Señoras elegidas y a sus hijos, a quienes amo, según la verdad del Engendrado de Dios.

Yo, Juan de Zebedeo, a quien el Justo llamó «hijo del trueno», nacido en Betsaida, después de haber vivido cien años, sabiendo que mi hora es llegada, os escribo desde Éfeso, hijos míos, en el sexto año del gobierno del emperador César Nerva Trajano Augusto, cuyo último y reciente triunfo le ha valido el título de Dácico.

Yo, el peor de los pecadores

Hijos míos, es mi última hora. A no tardar seré reclamado a la presencia del Verdadero. Bien sabéis que todos mis viejos hermanos y compañeros en la verdad han muerto. Yo mismo soy un cadáver, que sobrevive por la gracia del Padre y los cuidados de mi nieta, consagrada a este despojo humano desde hace veinte años. Pero ni la bondad ni los desvelos de mi familia y de mis amantísimos hijos de esta Señora elegida pueden cambiar el rumbo de lo que fue planeado por el Altísimo. Él me llama, pero ni siquiera puedo acudir a los servicios, como no sea postrado en una silla. Es, pues, el momento de tomar papel y tinta y confesar mis errores. Ya fue escrito por mi fiel y amado discípulo Nathan: «Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad». Pues bien, vosotros, hijos míos, debéis ser misericordiosos para con este anciano que, a pesar de sus palabras y apariencia, ha cometido el más abominable de los pecados: caminar en las tinieblas y, lo que es más escandaloso, dejar que otros cayeran en el error.

Yo dicté a Nathan

No hace aún dos años —coincidiendo con la guerra con los dacios— que mi buen e ilustre Nathan, inmerecido amigo de este Presbítero, concluyó la redacción de lo que vosotros, hijos míos, habéis dado en llamar el *Evangelio de Juan*. Mi deber ahora es preveniros. Fui yo quien dictó a Nathan. Sólo yo, por tanto, debo cargar con la culpa de quien, habiendo conocido la verdad, la oculta, disimula y falsea. Éste es mi gran pecado, hijos míos, y desde aquí, vencido y deseoso de volver a la luz, ruego al Santo y a vosotros perdón y misericordia. Entonces, mientras dirigía la pluma de Nathan, rememorando algunas de las cosas que hizo y que dijo Jesús, tuve la ocasión de huir de las tinieblas que otros, y yo mismo, hemos consentido y alimentado, aunque bien saben los cielos que sólo nos guió la mejor de las voluntades. Pero el Maligno tiene sus propios planes y este indigno siervo del Justo no puede ni quiere justificarse. Queridos: no os escribo para añadir oscuridad a la oscuridad, sino para que la palabra del Hijo brille en vuestros amantísimos corazones, tal y como nos fue confiada y no como los torpes siervos del Señor acordamos predicar. No os cause angustia ni zozobra cuanto me dispongo a confesaros. Ahora sí camino en la luz y la luz sólo es causa de alegría. Vuestro espíritu, repuesto de la sorpresa, sabrá comprender, rectificar y proseguir en el verdadero mensaje que nos dejó la Palabra. No debo ocultarlo por más tiempo: la verdad ha sido sepultada. Y yo, conscientemente, al igual que otros hermanos en Cristo, he contribuido con mi silencio y cobardía a sellar su tumba. Unos y otros, desde el momento mismo de la partida de este mundo del Salvador, hemos permitido que su doctrina fuera maquillada, olvidando y apagando la antorcha de su luz infinita. No es este que conocéis el mensaje que nos legó Nuestro Señor. Hemos caído en graves errores. Y yo, Juan de Zebedeo, como último de los supervivientes del grupo de los íntimos del

Justo, estoy obligado a rectificar, en beneficio de la verdad. Sólo entonces descansaré en paz.

Primer error: el retorno del Maestro

2 Bien sabéis, mis hijos queridos, que han transcurrido setenta y tres años desde la muerte por cruz y la gloriosa resurrección del Verdadero. Desde entonces, todos, vosotros y yo mismo, hemos esperado su regreso. Y la fe en esa segunda venida sigue viva entre las siete Señoras elegidas. Es hora ya de despertar a la realidad. Éste, como veréis, fue uno de nuestros primeros y lamentables errores. No supimos interpretar sus palabras. Confiamos de todo corazón en su inminente retorno a la carne y ello nos hizo imprudentes. Habéis escuchado de labios del buen Pedro que el fin de todas las cosas está cercano. Pero Simón y cuantos compartimos esta esperanza nos equivocamos. Éste, aun siendo un asunto de menor rango, vino a envenenar desde un principio las que debían ser filiales relaciones entre los embajadores del reino, tal y como el propio Señor calificó a sus íntimos. Y nuestras disensiones —que siempre supimos ocultar— fueron distanciando a los unos de los otros. En verdad os digo, queridos, que esas posturas irreconciliables entre los que vosotros llamáis discípulos de Jesucristo se remontan, incluso, a mucho antes de la partida del Justo. Jamás supisteis de ellas, pero es llegado el momento de revelarlas, destapando así la verdad. En vida de él, algunos de los ordenados por sus propias manos nos dejamos arrastrar por la envidia y la murmuración. Yo mismo fui reprendido por el Maestro en repetidas oportunidades. Pero mi vanidad ha sido tal que, lejos de enmendarme, he llegado a proclamarme —y así reza en el evangelio que veneráis con tanto celo y amor— como el discípulo que Jesús amaba, desmereciendo así a Aquel que nos ama a todos por igual. Pero olvidaré por el momento aquellas

antiguas e infantiles disidencias para ocuparme de lo más grave: lo que en verdad os concierne, hijos míos.

La primera ruptura

Nuestras vergonzosas y hasta hoy secretas maquinaciones —que sólo servirían para quebrar el amor que nos debíamos mutuamente— empezaron en realidad en el histórico momento en que él, tal y como prometió, nos regaló el Espíritu de Verdad. Esto, como bien sabéis, ocurrió en Jerusalén, durante la fiesta de Pentecostés.

A raíz de aquel sagrado suceso, Simón Pedro —pleno de entusiasmo y de amor por el Maestro— rompió el prudente silencio que nos rodeaba, lanzándose a las calles de la Ciudad Santa, a los caminos y a las aldeas de Israel, proclamando la salvífica realidad de la resurrección de Jesús. Justamente ahí nacería el más terrible de nuestros errores. No os alarméis. Pronto lo comprenderéis. El Señor lo había repetido una y otra vez: «Éste es mi mensaje: el Padre Universal es Padre de todos los humanos y, en consecuencia, los hombres sois hermanos». Esta sencilla y gloriosa verdad resume y justifica el sentido de la vida de Jesús. Pero nosotros, encabezados por Pedro, lo olvidamos. Aquel supremo poder llegado del cielo en Pentecostés nos hizo resurgir de las cenizas del miedo y de la incertidumbre. La gracia del Espíritu limpió nuestros corazones y nos proporcionó el valor para proclamar la buena nueva. Pero, queridos hijos míos, ciegos de alegría y necesitados de una absurda reivindicación del buen nombre de Cristo y de su grupo apostólico, Simón tomó la iniciativa, aireando la única noticia que en aquellos momentos de éxtasis nos importaba: la resurrección del Justo. No intentaré justificarme ni justificar a cuantos así emprendimos la misión de divulgar el nuevo evangelio. Vosotros, hermanos, y los que vengan en el futuro, seréis nuestros jueces. Pero que nadie os engañe. Este

nuevo evangelio no precisa de muchas palabras, ni tampoco de excesivos ritos o conveniencias. Fuimos nosotros quienes, involuntariamente, en tales momentos de euforia, caímos en el imperdonable error de sustituir el único mensaje del evangelio del reino por sucesos limitados y concretos relacionados con la vida del Salvador. Estábamos ebrios de gloria. El Cristo había resucitado de entre los muertos. Muchos le vimos y compartimos su palabra. Eso era lo único que importaba. Las fuerzas que buscaban su perdición, y la nuestra, habían resultado aplastadas por la verdad de su divina presencia. El Maestro —debéis comprenderlo— estaba con nosotros. No había muerto para siempre. Y un sentimiento de triunfo, de seguridad y de poder nos embriagó, borrando todo lo demás. Consumidos por el éxtasis salimos al mundo y enronquecimos, proclamando lo que ya sabéis; lo que entonces cegaba nuestra débil condición de mortales: que Jesús estaba con los suyos y que nosotros éramos sus elegidos. Su triunfo, en consecuencia, también era el nuestro. ¿Quién, en tan señaladas fechas, podía meditar sobre otro asunto que no fuera el de su resurrección? Nos sentimos transportados a otro mundo; a una existencia plena de alegría y de esperanza. La llegada del Espíritu de Verdad fue tempestuosa, como profetizó el Justo. Y todos rememoramos sus palabras. Mas, como os confesaba, hijos míos, aquel momentáneo brillo del triunfo sobre nuestros enemigos nos cegó. Simón Pedro, arrollando voluntades, tomó la iniciativa, predicando lo que acabo de revelaros. Y otros muchos le seguimos, identificándonos y haciéndonos cómplices de lo que sólo era una parte de la verdad. Con el tiempo, Pedro se convertiría en el fundador de una nueva religión —en la que vosotros y yo descansamos— que (no puedo seguir ignorándolo) nació deforme. Lejos de testimoniar la única y sola verdad, ha ofrecido a las siete Señoras elegidas una pálida sombra de lo que es el mensaje divino. Porque sombra es lo que habéis recibido y no la luz. Nuestro cristianismo, tal y como se ha desarrollado en estos

tiempos, enseña que Dios es el Padre del Señor Jesucristo. Esta certeza, unida a la experiencia de una comunión, por la fe, con el Cristo resucitado, es todo nuestro bagaje. ¡Mermado bagaje, a decir verdad, si lo comparamos con el gran mensaje que olvidamos!: la paternidad de Dios sobre toda la Humanidad y la filial relación de sus hijos. Somos culpables. Reconozcámoslo, aunque sólo sea por una vez y aunque esto atraiga las críticas de los que veneran a los que ya han muerto. Nos equivocamos. Simón Pedro el primero. Y yo, Juan, con él. Pero, si os escribo y revelo estas cosas, es porque aún estáis a tiempo de rectificar. Hemos formalizado una religión «a propósito» de Jesús, en torno a su persona, a sus milagros y señales y a muchas de sus enseñanzas, olvidando la única que importa y por la que él vivió y murió: que nos amemos —creyentes y no creyentes— en la fe y en la seguridad de que Dios nos ha sido revelado como Padre Universal, no sólo de la Palabra, sino también de todos nosotros, indigna carne mortal.

Como os venía refiriendo, hijos míos, a no tardar, ésta fue causa de nuevas y profundas disensiones en el seno del flamante colegio apostólico. Disipados los primeros vapores del triunfo (apenas transcurrido un mes desde Pentecostés), algunos hermanos —movidos sin duda por la gracia del Espíritu— nos recordaron lo peligroso y erróneo de tal comportamiento. Recuerdo la amargura de Bartolomé y sus encendidos debates con Simón Pedro y con cuantos nos empeñábamos en seguir predicando única y exclusivamente alrededor de la figura del Maestro Resucitado, renegando del auténtico sentido de su encarnación. El desacuerdo entre los íntimos fue tal que, inevitablemente, se produjo la gran ruptura. Siempre se os ocultó la verdadera razón de la partida de Natanael a las tierras orientales de Filadelfia. Ésta que ahora os confieso fue la única motivación de su repentina y precipitada marcha de Jerusalén. Supe que permaneció un año con Abner y Lázaro, dirigiéndose después a las naciones situadas más allá de Mesopotamia, donde

predicó el evangelio del reino, tal y como él lo entendía. Esta grave diferencia de criterios, que jamás fue reconocida públicamente, mermó nuestras fuerzas, reduciendo a seis el grupo inicial de los doce que tanto veneráis. Y es por esto por lo que también os escribo: para que vuestro amor hacia los doce embajadores sea fruto de la luz y no de la ciega confusión que nosotros mismos hemos propiciado. La fuerza de la resurrección nubló nuestros sentidos y Simón Pedro, su hermano Andrés, Felipe, Mateo Leví, mi hermano Santiago y este agonizante Presbítero que ahora solicita vuestra compasión se conjuraron para extender la buena nueva de la vuelta a la vida del Maestro, haciendo oídos sordos a todo lo demás. Que el Señor, en su infinita misericordia, sepa perdonarnos...

El Espíritu de Verdad: su significado

Consumada la gran ruptura —de la que nunca nos recuperaríamos—, el ardor y elocuencia de Pedro hicieron el resto. Y nosotros, temerosos a veces y sorprendidos siempre ante el arrollador poder de su verbo sobre la figura de Jesús, asistimos con vanidad y torpe satisfacción humana a un casi milagroso estallido del número de creyentes en el Hijo. Ese primitivo núcleo se fue haciendo más y más notable y, de nuevo, el calor del triunfo ahogó nuestras conciencias. Gentiles y judíos recibían la palabra y el bautismo y, a los pocos meses, éramos legión. Lo que hoy llamamos iglesia nació como una secta dentro del judaísmo, limitando y empobreciendo lo que ya había sido concebido pobre y limitadamente. Porque todos nosotros —y Pedro más que ninguno— permanecemos fieles a lo que tanto había combatido el Señor: a las asfixiantes e inútiles normas y rituales de la Ley. Lo sabéis por nuestros labios y cartas: no fuimos capaces de renunciar a las ataduras de las creencias y del sofocante ceremonial de nuestros padres porque, sencilla-

mente, habíamos perdido ese único y verdadero sentido del mensaje crístico. Como veis, queridos hijos, nuestros males proceden y procederán siempre de esa necia renuncia a la hora de proclamar la paternidad de Dios, en beneficio de una egoísta y muchas veces mezquina visión del evangelio del reino.

Pero antes de proseguir con la pública confesión de estos nuestros errores, es mi deber y deseo escribiros también sobre otro asunto, íntimamente vinculado al nacimiento de esta nueva religión que hoy llamamos cristianismo y que, de no alterar a tiempo su rumbo, sólo Dios Todopoderoso sabrá en qué puede desembocar con el paso de los tiempos... Muchos de vosotros, mis hijos devotos, me habéis interrogado a lo largo de estos años sobre el sentido de la llegada del Espíritu de Verdad. Pues bien, he aquí mi sincera opinión, no formulada para encender polémicas, sino para iluminar a cuantos ansían y buscan la paz en Nuestro Señor Jesús. El Hijo único vivió y enseñó un evangelio que libera al hombre de la más remota de las dudas: no somos hijos del Maligno, sino gloriosos hijos del Padre. Ésta fue su más preciada lección que, permitidme que insista, arrinconamos como impulsivos adolescentes, deslumbrados por una efímera gloria. Él nos ha elevado a la dignidad de hijos de un Dios, disipando así las tinieblas y la incertidumbre que pesaban sobre nuestro origen y, lo que es más importante, sobre nuestro futuro. ¡Hijos queridos!, ¿es que puede haber mayor honor y alegría que saberse hijos del Todopoderoso?

Y como prometió en vida, no hemos quedado huérfanos. Al dejar este mundo, el Maestro envió en su lugar al Espíritu, destinado a morar en todos y cada uno de los hombres, reafirmando así su mensaje, generación tras generación. No caigamos de nuevo en el error de autoproclamarnos depositarios exclusivos de esa gracia. El Espíritu no elige. Se reparte y derrama por un igual entre los mortales —creyentes o no—, de igual modo que la luz del sol bene-

ficia al mundo sin regateos ni distinciones. De este modo, cada pueblo, cada nación, cada sociedad y cada tribu humanos posee y poseerá el verdadero mensaje de Jesucristo, puesto al día según las siempre nuevas y renovadoras necesidades espirituales de cada momento y de cada ser humano. Quede bien claro, hijos míos, que la primera y más importante misión del Espíritu consiste en personalizar la Verdad. Sólo la inteligente comprensión de esa Verdad nos dará paso y nos permitirá poseer la más pura y elevada forma de libertad humana. El segundo gran beneficio de la llegada del Espíritu también ha sido experimentado por éste, vuestro hermano. Al principio, cuando él fue ejecutado, la tristeza y la desesperación se instalaron en nuestros corazones. Y a pesar de haberlo visto resucitado, su partida de este mundo nos dejó huérfanos. No sabíamos vivir sin su compañía. Pero él envió al Espíritu y esos sentimientos de abandono y orfandad se extinguieron. Es de ley pensar que, sin el Espíritu de Verdad, todos los creyentes estaríamos hoy indefensos y condenados a la soledad individual y colectiva. La presencia de este Espíritu nos ha empujado — y así será hasta el fin de los tiempos— a proclamar y extender la realidad de la llama divina del Padre que late en el alma de cada mortal. En cierto modo, el Espíritu de Verdad es, a la vez, el espíritu del Padre Universal y el del Hijo Creador. Os escribo esto, no porque desconozcáis la verdad, sino porque esa verdad os ha sido mostrada a medias. Queridos en Cristo: no caigáis en el error de confiar en vuestro intelecto para reconocer e identificar al Espíritu de Verdad, extendido ya sobre la Humanidad. Este Espíritu jamás crea una conciencia de sí mismo. Su misión es otra: consolidar y hacer visible el espíritu del Hijo. Desde el principio, Jesús lo dijo: «El Espíritu que os enviaré no hablará por sí mismo». La prueba, por tanto, de vuestra comunión con el Espíritu de Verdad no se halla en su reconocimiento —circunstancia que jamás lograréis— sino en una creciente, clara e inconfundible conciencia de la presencia viva del Hi-

jo en lo más profundo de vuestros corazones. Si gozáis de la luz íntima de Jesús, entonces habréis descubierto al Espíritu que mora en vosotros. Pero el Espíritu, hijos míos, está en todos. Los que aún permanecen en las tinieblas son sólo rezagados en el amor infinito y compasivo del Padre. No seamos impacientes: la fruta madura por sí misma y no por los deseos del hortelano.

El Espíritu, hijitos míos, vino para ayudar a los hombres a recordar y a comprender las enseñanzas del Maestro e iluminar nuestras vidas.

El Espíritu, hijitos míos, vino para ayudar a los creyentes a que comprobaran la sabiduría de la Palabra y el excelso valor de su vida encarnada.

El Espíritu, hijitos, vino también para recordarnos que la Palabra vive hoy y siempre en lo más profundo de cada uno de los creyentes de esta y de todas las generaciones futuras. Porque no es ésta una obra de mortales, sino de Dios. Y el Espíritu es su conductor. Él nos guía hacia la verdad última: la conciencia espiritual de que estamos abocados a la felicidad. Y si me preguntáis qué es la felicidad, sólo podré recordaros lo que ya sabéis y nos fue dado como el más antiguo de los mandamientos: hacer la voluntad del Padre.

El evangelio del rescate

Que nadie os engañe, hijos míos. Ni siquiera nosotros, los embajadores del reino. Yo mismo os he escrito que el Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Maligno. Y aun siendo así, no es ésa la gran verdad. Jesús vivió plenamente entregado a la voluntad del Padre. Pero el Padre no es colérico, sino amoroso. Equivocadamente, algunos de los que permanecemos muy cerca de él os hemos transmitido un evangelio de crudo rescate. El Cristo —ha sido dicho— vivió, murió y resucitó para enjugar la deuda humana; para arrebatarnos de las redes del Diablo. ¡No, hi-

jos míos!, cada hombre, por el generoso hecho de haber sido creado por el Padre, recibe el inviolable patrimonio de su propia inmortalidad. El Justo no vino a rescatar, sino a recordar. Dios no mata. Dios no culpa. Dios no castiga. Somos nosotros mismos, lejos de la luz, quienes culpamos, odiamos, aniquilamos o castigamos. Pero, aun así, la gracia de la paternidad divina es un esperanzador e inherente derecho de cada mortal. Ésta es la esencia del mensaje de Jesús; un mensaje que hemos deformado y sepultado. Ahora os corresponde a vosotros recibirlo y practicarlo. Y me atrevo a deciros más, puesto que mi fin se adivina y pronto compareceré ante la justicia de quien todo lo puede: si os empeñaseis en desoír cuanto ahora os revelo (y yo sé que mi mano la guía el Espíritu), siguiendo nuestro desafortunado ejemplo y marginando el gran mensaje del Maestro, otros, después que vosotros, serán igualmente iluminados por ese Espíritu y estas verdades, ocultas hasta hoy, acerca de que la paternidad de Dios y la fraternidad entre los hombres terminarán por emerger, transformando las civilizaciones. Os lo advierto, amantísimos hijos en Cristo: nada hay más cierto e indestructible que el amor del Padre, que la sabiduría de la Palabra encarnada y que la fuerza del Espíritu. La acción de este último es como el amanecer: ¿quién podría detenerlo? Nosotros mismos debemos reconocer su salvífico poder. A pesar de haber equivocado el camino, su fuerza nos colmó de tal suerte que, a partir de Pentecostés, cada uno de los embajadores del reino hizo más progresos espirituales en un mes que en los cuatro años de íntima asociación con el Justo. Es, pues, mi obligación preveniros. Algún día, por encima incluso de las Señoras elegidas, la Humanidad despertará a la luz y hará suyo el gran mensaje de Jesús de Nazaret. Hijos míos, también vosotros habéis sido bautizados en espíritu. Obrad, por tanto, no de boca ni de palabra, sino con las obras que inspira a un hombre el saberse hijo del Padre de los Cielos. Más aún: trabajad en esa verdad, aceptando de por vida la

voluntad de quien os ha creado y vive en vosotros, como la candela en la lucerna.

Los frutos del Espíritu interior

3 Queridos, ha sido escrito: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios. Ahora sabéis que todos los espíritus proceden y encierran a Dios. Aquellos que se empeñan en la iniquidad sólo están ciegos. Vosotros debéis abrir sus ojos al Espíritu que mora en ellos. Basta con ofrecerles la verdad que él nos dejó; será suficiente con retirar el velo de sus ojos para que descubran que su origen, como el nuestro, no está en la carne o en el barro, sino en el Padre Universal. El resto es cosa del gran instructor; del Espíritu interior que descendió en Pentecostés. Y de la misma forma que me veis ahora rectificar sobre lo escrito en relación al examen de los espíritus que vienen de Dios, también me dispongo a hacerlo sobre otro asunto, estrechamente vinculado a esa histórica presencia del Espíritu de Verdad. Lo habéis leído e, incluso, oído de labios de los propios embajadores del reino. Sin embargo, yo os declaro solemnemente que muchas de esas extrañas y milagrosas señales y enseñanzas que han sido asociadas a Pentecostés sólo fueron consecuencia de nuestro desbordado fervor y sentimiento de triunfo sobre las castas sacerdotales judías que habían pretendido aniquilarle y aniquilarnos. El descenso del Espíritu, hijos míos, no necesita de campanillas, incienso o vientos tempestuosos. Debéis comprender y perdonar a quienes así han narrado y propalado la venida del instructor. Yo, Juan de Zebedeo, fui testigo de aquella asamblea en la morada del difunto Elías Marcos y digo verdad al referir que nada externo nos conmovió. Nadie vio con los ojos de la carne las lenguas de fuego que algunos pretenden, ni tampoco fuimos sobresaltados por el huracán o milagrosamente bendecidos por el don de len-

guas. Aquel momento fue mucho más intenso y profundo de lo que la tradición os ha aportado. El Espíritu llegó tempestuosamente, sí, pero con el poder de la revelación interior: la más demoledora de cuantas pueda concebir el intelecto humano. Poco después del mediodía, los ciento veinte creyentes allí reunidos notamos una singular presencia en mitad de la sala. Os lo repito: nadie vio nada sobrenatural. Mas la fuerza del Espíritu se apoderó de cada corazón, colmándonos de una alegría, de una seguridad y de una confianza como jamás haya sentido mortal alguno. Era el instructor prometido por Jesús. Y Pedro, movido por el Espíritu, se alzó, confesando en público lo que cada uno ya adivinaba para sí: que aquel renacimiento espiritual sólo podía ser obra de la tercera persona de la Deidad. E impulsados por esa fuerza, la asamblea se dirigió al Templo, donde anunciamos a judíos y gentiles cuanto ya sabéis. Y fue nuestro ardor, y no el don de lenguas, lo que abrió las puertas del triunfo y de la nueva era. Lástima que tan formidable y noble impulso sólo fuera aprovechado por los embajadores para predicar única y exclusivamente acerca de la Resurrección y de la vida encarnada del Maestro, desatendiendo la maravillosa esencia de su mensaje universal... Mirad, hijos míos, que no me canso de repetirlo. Mirad que podéis creer que es mucho lo andado desde Pentecostés y, sin embargo, al desvelaros estos trágicos errores, es fácil intuir que apenas si hemos ceñido nuestros lomos y dispuesto la impedimenta.

Ahora empezáis a reconocer que equivocamos el camino. Yo mismo, al escribiros acerca del Seductor, he llegado a decir: «Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no es portador de esa doctrina, no le recibáis en casa ni le saludéis, pues el que le saluda se hace solidario de sus malas obras». Ahora, hijos míos, me asusto ante mi propia necesidad. Somos nosotros —aquellos que un día fui-